

# LA REFORMA MILITAR DE 1909



Conferencia dictada por el Señor Mayor General Luis Alberto Andrade Anaya, con motivo de cumplirse el Setuagésimo quinto aniversario de la fundación de la Escuela Superior de Guerra.

Una Mañana fría de 1909, se están cumpliendo 75 años, en la vieja casona de San Agustín que había dado ya albergue a la Escuela Militar de Cadetes desde dos años antes, empezó a funcionar nuestra Escuela Superior de Guerra.

El hecho tuvo un antecedente legal: el Decreto 453 de ese año 9 que lleva la firma del General de los Campos de batalla y Presidente de la República Don Rafael Reyes.

Y tuvo un antecedente político: las guerras civiles que condujeron a la destrucción física y moral del País, a la mutilación de Panamá y a la crisis de las instituciones republicanas, con un ejército despedazado en las contiendas partidistas y no para la grandeza de la Patria.

Han transcurrido tres cuartos de siglo desde aquella mañana nebulosa en la que un grupo heterogéneo de Oficiales inició el primer "curso de aplicación", anterior al Estado Mayor.

Vale decir que una nueva concepción del instrumento militar nacida allí humildemente y a la manera de la época, ha acompañado a la República en el transcurso de los últimos 75 años de su historia.

El Señor General Manuel Guerrero, Director del Instituto en esta celebración aniversaria, quiso que nos reuniéramos aquí esta noche, con esta solemnidad, para dedicar unos minutos de nuestra reflexión a examinar la obra de Reyes: la denominada "Reforma Militar", en la que la Escuela Superior de Guerra fue y sigue siendo, parte vitanda.

Para satisfacer el deseo del Señor Director y como el mejor homenaje que podemos rendirle al Fundador, formulémosnos y respondámonos varios interrogantes:

¿Quién fue Reyes como persona individual? ¿Fue un hombre formado en el común de los esquemas y los patrones de la época, o por el contrario un hombre de excepción en el momento de su acontecer?

¿Quién fue Reyes como General? ¿Uno del montón, venido a más con títulos distintos a su mérito como era de usanza común? ¿O por el contrario un hombre excepcional por su practicidad, por su recursividad, por su voluntad y por el temple de su carácter, por su recursividad a la hora de los combates y por su generosidad a la hora de las victorias?

¿Quién fue Reyes como Reformador? ¿Un hombre meramente formal, que se satisfizo con los cambios puramente exteriores, superficiales, aparentes, sin profundidad? ¿O por el contrario un Reformador Integral que quiso introducir cambios sustanciales en nuestras costumbres políticas, en nuestros mecanismos institucionales y en nuestro compromiso con la Patria, entendida como Patria total?

¿Y cómo fue el país que antecedió a esta reforma y a su espíritu? ¿Cómo fue el primer siglo de nuestra vida política independiente y soberana? ¿Cómo fue el comportamiento de sus instituciones frente a las urgencias de la población? ¿Cuál fue el origen de la filosofía que inspiró esas instituciones y cuál su praxis a la hora de las realidades nacionales?

Y por último, preguntémosnos esta noche, aquí, con humildad y con honestidad y con sinceridad: ¿nosotros cuánto hemos aprendido y asimilado del mensaje, de las lecciones y de los ejemplos del Fundador, del Reformador y del Maestro?

Señores Generales, Señores Oficiales, Señores Suboficiales, Señores Civiles trabajadores de la Escuela hoy, Señores Alumnos, Señoras Esposas, todos nosotros en eclosión de sentimientos, asistamos a este acto no de manera casual, no de manera formal intrascendente, sino cierta, profunda, sentida y comprometida; entendiendo que no se trata de un festejo de ocasión sino de la renovación de unos propósitos, con fe, con devoción, con fervor republicano, con entusiasmo iluminado.

¿Quién fue Reyes como persona individual?

Rafael Reyes nació en una aldea blanca de Boyacá; en un rincón maravilloso de ese paisaje encaramado sobre la Cordillera de Los Andes como un bastión natural, como un contrafuerte, como una atalaya; y eso se le quedó prendido en el alma.

Nació en Santa Rosa de Viterbo finalizando el año 1849; vale decir, en la agonía de la primera mitad del siglo. Nació en un hogar humilde pero virtuoso; limpio en el corazón esforzado en el trabajo creador y formidable en la voluntad.

Creció en medio de las estrecheces de la situación y de las limitaciones propias de la época. Fue a la Escuela Pública para completar la educación del hogar y lo demás fue la universidad de la vida: el libro abierto de la realidad de su Patria y del mundo que recorrió palpándolo, examinándolo con curiosidad para aprender y juzgándolo con claridad bien objetiva.

Antes de completar la mayoría de su edad se fue al Valle de Popayán, al Valle de Pubenza, al Valle del Cauca; para sumarse a las empresas de su hermano mayor en las explotaciones de la Quina, que hacían por entonces las riquezas del País, como antes lo había hecho el oro y como después abrían de hacerlo el caucho primero y luego el café, en esa monotonía de nuestra exportación monoprodutora.

Viajó, exploró, descubrió; levantó cróquis, señaló caminos, fijó puntos de referencia, desde el Nevado del Ruiz hasta los picos de los Coconucos y del Paletará; y descendió al Valle para seguir a trechos el curso del río madre de la región: del río Cauca; y se trepó de nuevo por la Cordillera de Huisito, en el sistema Occidental de Los Andes, para completar el cuadro de una geografía rica y hermosa con un inmenso significado potencial.

A los 26 años, mientras el País había vivido varias guerras internas y se había dado varias Constituciones en un proceso de radicalización política a todas luces inconveniente, él y sus hermanos, ajenos a la pasión de bandería pero apasionados por las riquezas de su País, se embarcaron en la aventura de las selvas del sur, inhóspitas, desconocidas y abandonadas.

Fundaron una empresa de navegación por nuestro río limítrofe del Putumayo que debería unir al Amazonas con Nariño y con el interior del País en un circuito de exportaciones e importaciones que vivificaran la frontera y dinamizaran su acción, de la misma manera como estaban haciéndolo con políticas claras y estimuladoras, los Países limítrofes del Brasil y del Perú.

Diez años duró la aventura cuya relación hoy nos parece inimaginable. Por la dureza del medio, por la precariedad de los recursos, por la inmensidad de las distancias, por la ausencia total del Estado en un área crucial de la definición de nuestra frontera y para el mismo destino del mundo.

Diez años que diezmaron la familia y la fortuna de los hermanos habida en esfuerzos inenarrables de superaciones casi infinitas.

Pero así se llega al año de 1885 cuando una nueva guerra civil enciende de nuevo hogueras en el vivac y hogueras en las pasiones banderizas.

Es el signo trágico de nuestro devenir que actúa como Ley inexorable sobre nuestro acontecer histórico y que arrastra con fuerza irresistible.

Esta vez Rafael Reyes no podrá escaparse del turbión fratricida y allá va, en la aventura del Pontón, como hacedor de imposibles, recuperar el istmo de Panamá para el Gobierno y a ganarse sus insignias de General, en una campaña audaz y fulgurante que le habre las puertas definitivas a su figuración nacional.

Y este varón de apenas 36 años, sin formación académica universitaria, sin experiencia política anterior, sin conocimiento de las vicisitudes de nuestro Derecho Público interno en los 75 años de la existencia de la República, está aquí sentado como uno de los miembros del Consejo de Delegatorios que

habrá de decretar la muerte definitiva de la Constitución de Rionegro para dar paso a la Constitución del 86; el Estado que hoy sigue rigiéndolo en la estructura fundamental de nuestras instituciones políticas.

Será luego Ministro Plenipotenciario en Europa para manejar una delicada situación de nuestra deuda nacional que viene siendo imposible de asimilar desde los días de la guerra de Independencia y que se ha acrecido por las repetidas urgencias de las guerras civiles recurrentes. Y lo hará con inteligencia y dignidad.

El Gobierno lo nombra Ministro de Fomento en el año 87. Parece que éste debe ser para él el cargo ideal. Porque él ha sido fundamentalmente un empresario que recorrió buena parte del País examinando cada centímetro y aprendiendo la plenitud de su significado.

El sabe, por haberlo vivido intensamente, que esta parcela del planeta que Dios nos dió como asiento geográfico, contiene riquezas inmensas en el orden de la extensión, de la calidad de los suelos, de los climas y los pisos térmicos; de las aguas en abundancia y en todas direcciones; y del hombre, todavía rústico, austero, auténtico en su formación pragmática y fundamentalmente bueno.

Y entonces creyó poder realizar la transformación de esa fisonomía aldeana de la Patria de finales de siglo, cruzándola de caminos, abriendo fuentes de trabajo, moviendo el entusiasmo con la diligencia con que él sabía hacerlo, y creando empresas de desarrollo comercial que estimularan la producción y el trabajo de un pueblo que había sido de escritores y poetas, pero no de hombres de acción creadora, frente al reto de esta geografía opulenta y al mismo tiempo atormentada.

Sin embargo, aquí tiene una nueva frustración para sus sueños de hombre práctico. Porque el País Político no entiende ese lenguaje. Reyes no sabe pronunciar discursos flamígeros que enciendan las pasiones acudiendo a los bajos instintos y a la pequeñez, sino que él es un diseñador de modelos de desarrollo inspirados en el milagro de la acción.

La politiquería, que ha sido endémica en la Historia de Colombia, y la formación mental de algunos, produce el cho-

que inevitable entre hombres como el sedentario y docto intelectual que es Don Miguel Antonio Caro, de tanto poder en la obra de Regeneración y este coloso de la dinámica que tiene alma de explorador, que arriesga y se aventura.

Reyes renunciará a su cargo de Ministro para volver al agro, que es su escenario natural. Adquiere una finca en vecindades de Tocaima y se propone hacer allí un reducto de su corazón con el amparo de su familia.

Pero la costumbre de los partidos y la metodología de sus luchas regresan la atención del País a los campos de batalla. En el año de 1895 el partido liberal se subleva en armas contra la hegemonía que los desplaza y les niega la opción del poder.

Reyes es conservador y sale a defender el Gobierno. Su desempeño tendrá los efectos y la fuerza del rayo, que fustiga y golpea y destruye, pero con majestad.

Qué interesante, qué agradable, qué aleccionador, para quienes ejercemos el oficio de soldados, repasar el itinerario de Reyes en la campaña de 1895 "a paso de huracán".

La rapidez de las acciones, el asedio permanente del enemigo para no dejarlo recuperar; su búsqueda, su localización y su vencimiento, aprovechando sus errores, en menos de tres meses, para una conquista fulgurante de la paz; porque a pesar de las proporciones de la victoria y la derrota, Reyes es generoso con el vencido y restaña las heridas con facilidad.

Pero no obstante la apoteosis con que regresa a la capital y de ser la figura más destacada del Partido Conservador, el señor Caro le cierra el paso hacia la Presidencia de la República en el período subsiguiente, porque lo que conviene a sus propósitos son los señores Sanclemente y Marroquín.

Los analistas ya han establecido lo que sucedió en consecuencia, por el contraste entre lo que hubiera sido este Titán hacedor de imposibles antes de la guerra de los Mil Días y lo que ocurrió con los dos ancianos que ejercieron la primera Magistratura en este sexenio de vergüenza.

Reyes abandona el país y se va a Europa y cuando se enciende la llamarada de los Mil Días y lo urgen a regresar, se niega a hacerlo, aduciendo que no es bombero para apagar los incendios que otros producen en forma insensata y contumaz.

El país se desangra, se empobrece, se escinde de manera feral, se debilita y se postra. El Gobierno es incapaz de imponerse o restablecer la concordia; y es incapaz de manejar el álgido problema del Canal de Panamá.

Reyes se duele de todas esas cosas y ya entonces piensa en un instrumento militar tecnificado, acorde con las necesidades nacionales e inspirado en los más altos designios de la suerte común.

Sus amigos lo lanzan como candidato a la Presidencia de la República al término del sexenio ominoso, como el hombre providencial para salvar lo que queda del desastre. Y es elegido; con los vicios que la misma clase política ha introducido como costumbre; clase política de la cual él no hace parte; y sin su presencia, porque ha permanecido fuera del país aún durante la campaña.

Adviene al poder en la tarde del 07 de agosto de 1904. Sus palabras a la hora de la posesión son una pieza antológica no como discurso a la manera y como se estilaba en el país, con figuras literarias hermoeadas en la armonía de las palabras, en la metáfora rampante y en la hipérbole, pero sin mayor preocupación por las ideas.

Es un programa de gobierno el que le propone al país y a su clase dirigente para reconstruirlo, para reedificarlo, para restaurarlo y para proyectarlo al futuro con certidumbre y con ambición y con grandeza.

Se propone desarmar los grupos de facción y desarmar los espíritus sectarios. Quiere la paz para hacer una nueva Patria sobre las cenizas del desastre, pero bajo el cuidado y la vigilancia de un Ejército Nacional, auténtico, profesional, maduro y eficaz.

Sabe que se necesitan unas reformas en la estructura del Estado porque no es éste un Estado funcional para atender a las necesidades reales de Colombia con su circunstancia geográfica y humana, vale decir, cultural.

Pero entiende que si se desea que las instituciones previstas en la teoría filosófica, cobren vida y dinámica y produzcan hechos concretos, es preciso que los hombres que las hacen crean en ellas y les infundan su espíritu y su fuerza.

Lo que significa que esas instituciones deben estar hechas para la idiosincrasia de las gentes cuyos destinos van a regir.

Y he aquí el punto crucial. Las instituciones políticas que nacieron como consecuencia de la guerra libertadora y que se fueron refinando con el tiempo más caprichosa que científicamente, no recogieron la tradición en lo que ella había hecho ya en el alma de este pueblo en los 300 años de coloniaje que dejaban su huella ineluctable.

Pero en cambio la Revolución Francesa nos prestó el ideario en esa trilogía conceptual de libertad, igualdad y fraternidad, para que hiciéramos aquí una orgía de esos principios en este escenario tropical, de naturaleza lujuriosa, en un mundo nuevo y diferente de la Europa ya varias veces milenaria en el itinerario de su historia.

Sólo Bolívar entendió bien el mandato imperativo de nuestra circunstancia cuando escribió en Jamaica su pensamiento visionario sobre el porvenir de la América si se daban determinados presupuestos.

Y él quiso darlos en Angostura y en la Constitución para Bolivia, pero sus Generales y sus émulos se le sublevaron y juntos pudieron más que el Genio en el destino de La Gran Colombia.

Fuimos inauténticos por no querer ser nosotros mismos, y preferimos la Institución Anglosajona del Parlamentarismo que no respondía ni a la costumbre ni a la fisonomía ni a la cultura, de un pueblo heterogéneo, apenas en proceso de identificación en el crisol en que se confundían las razas de tres continentes para dar un producto mestizo distinto y diferenciado.

Pero nos enamoramos de lo exótico: de Europa nos llegaba la literatura, las revoluciones, las corrientes del pensamiento, las escuelas economísticas, las modas, las costumbres y los usos. Y del Norte del Continente, no Hispánico sino Anglosajón, el léxico constitucional, la organización político-administrativa, la federación y la geopolítica. Todo como un cuerpo extraño, como un injerto, como algo exótico a nuestra débil contextura real.

Y como nos costaba asimilarlo se recurrió entonces a la costumbre de las guerras civiles cíclicas para imponer las ideas, como instrumento de los caudillos y a veces para el halago de su vanidad.

Después de la escisión de La Gran Colombia hubo guerras internas en 1840, en 1851 y 1854; en 1860 y en 1876; en 1885, 1895 y 1899, fuera de otras locales en los Estados Unidos de la Unión. Y hubo Constituciones antojadizas como resultado de esas guerras, que lastimaron cada vez más la unidad y el sentido de la familia nacional.

Al advenir el Siglo XX y después de una centuria de ejercicio soberano de la libertad, el cuadro era patético y desolador. Y no sólo por la ausencia de los recursos, que seguían siendo válidos, sino por el desgaste físico y espiritual de un pueblo que trataba de encontrar su camino y su Norte pero huérfano de verdadero liderazgo aglutinante.

Reyes, que es un político distinto, que es producto de una formación diferente, que tiene otra concepción del poder y que desde años atrás hubiera querido hacer otra cosa en el Gobierno de la Nación, se propone adelantar rectificaciones urgentes, inaplazables, indispensables y profundas.

Pero tropieza con que las Instituciones se erigen en barreras para impedir que se modifiquen las reglas del juego que han permitido a los caciques manejar la cosa pública a su antojo y con la dimensión de la pequeñez, de la hegemonía y de los apetitos insatisfechos.

Porque ésto no es Inglaterra que maduró en el tiempo y en la práctica, la institución nacida en el Siglo XV desde la Carta Magna y la refinó a lo largo de más de medio milenio de existencia.

Esta es Colombia, joven: muy joven y tropical.

Y Reyes vuelve los ojos al Ejército. Los Ejércitos son una constante de la Historia. Todos los pueblos de la tierra y desde la iniciación de las edades, tuvieron y siguen teniendo, hombres en armas para la vigilancia de su patrimonio y para la construcción de sus grandezas. El Soldado es un símbolo de la unidad porque convoca al pueblo para las empresas más generosas y porque se sublima en el sacrificio y en la acción.

La Historia fue así también entre nosotros en los inicios de nuestra vida independiente. La aspiración de la Nación en la mañana del 20 de julio de 1810 fue la de su independencia política. Y se hizo una declaración de Independencia. Pero ese es un documento frío y yerto que no cobra vida y calor y se hace milagro, sino después de Boyacá.

La verdadera Acta de Independencia está suscrita por los Soldados con tinta de su sangre y con la punta de sus espadas victoriosas.

Y ese Ejército que hizo el milagro de las batallas y el milagro de las victorias fue hechura de la Nación como un todo, de la Nación mancomunada y solidaria. Para hacerlo y hacerlo grande, estuvieron los mismos hombres de linaje y de fortuna como Simón Bolívar y hombres del pueblo raso con su primitividad elemental, como José Pascacio Martínez; estudiosos y sabios como Santander o como Caldas; adolescentes como Liborio Mejía o José María Córdova, José Hilario López o el abanderado José María Espinosa. Y no sólo los varones sino las mujeres que lo mismo se inmolaron en el cadalso como acompañaron a sus hombres en el vivac y en las penalidades de las campañas.

Ese espectáculo es hermoso porque lo hicieron todos por igual y no como espectadores solamente sino cada quien como protagonista principal, comprometido sin importarle mucho la contraprestación ni el gaje ni el beneficio.

Sólo que ese Ejército hecho así para la grandeza, en el alumbramiento de la República, para los años posteriores a la emancipación se convierte en montoneras sin disciplina ni organización, que aprenden sobre la marcha, asolando los campos y las aldeas, empobreciendo a los campesinos y provocando la revancha y la retaliación.

Por eso, al restaurar las instituciones para hacerlas prácticas y funcionales porque habían hecho crisis, a la hora de las soluciones, en la búsqueda afanosa de salidas a la situación, el General Reyes emprende también la Reforma Militar junto con otros Patricios que vienen de los Partidos y de la Iglesia.

El General Reyes conoce bien la historia del país y sabe que fueron numerosos los intentos de institucionalizar el Ejército partiendo de la escuela de formación para los cuadros.

El sabe que desde los días inmediatos al 20 de Julio se hizo el primer intento cuando en la Plaza Mayor de Santa Fe el Brigadier Mayor Don José Ramón de Leyva instruyó a los muchachos que iban a dirigir las primeras milicias republicanas.

Y sabe cómo la guerra civil entre Federalistas y Centralistas paralizó el experimento naciente.

Y que igualmente en Antioquia, ante la angustia de la amenaza, se optó por un Dictador; y que Don Juan del Corral le entregó al Sabio Caldas la Escuela de Rionegro para que nacieran allí los Ingenieros Militares que debían fortificar la Provincia en 1814; escuela que también desaparece bajo el azote de la Reconquista.

Y que para 1848 el General Tomás Cipriano de Mosquera siendo Presidente de la República fundó el Colegio Militar para formar el mando y la dirección del Ejército; y que puso en esa tarea a hombres muy ilustres. Pero que ese esfuerzo fracasó en los avatares de la guerra civil de 1851.

Que Mosquera, vencedor en la guerra de 1860, dicta el Decreto restableciendo el Colegio Militar. Pero depuesto él años más tarde, el instituto desaparece bajo el impulso de la civilidad que no quiere un Ejército permanente.

Que en 1883, bajo la primera administración del Presidente Núñez, por quinta vez se abren los claustros de la Escuela Militar con la Dirección del General Sergio Camargo y con la asesoría del Coronel norteamericano Henry Lemly. Pero el noble experimento desapareció en los incendios de la guerra civil de 1885.

Que para 1891, siendo Presidente encargado Don Carlos Holguín se reabren las puertas del Instituto nuevamente con el Coronel Lemly. Pero que la revolución de 1895 determinó su cierre definitivo.

Y Reyes sabe que Don Miguel Antonio Caro contrató una misión Francesa compuesta por los Capitanes Dromhart, Sbarthez y Leveque con el mismo propósito de crear una Escuela de formación de cuadros, pero que la locura de la guerra de los Mil Días impidió su funcionamiento.

Ahora él tiene en sus manos el compromiso; recoge la experiencia de este largo calvario de un siglo de frustraciones,

entiende que las circunstancias que se viven en el país pueden ser aprovechadas con habilidad y procede como es su costumbre: la acción, los hechos concretos, el manejo de los acontecimientos, la activación de los mecanismos, la instrumentación de los planes.

En abril de 1907 y luego de crear un ambiente propicio en la opinión ciudadana, dicta el Decreto 434 que organiza la Escuela Militar "con el objeto de educar y preparar los jóvenes que deseen ser Oficiales del Ejército".

Y casi simultáneamente, el 18 de mayo, dicta el Decreto 578 que segrega del Batallón 2º de Infantería la primera Unidad Fundamental y la destina como Batería "Modelo" para recibir instrucción de artillería. Y con las Unidades restantes forma el Batallón "Modelo" de Infantería que debe servir para que la instrucción se haga en forma práctica y real.

Y el 06 de julio del mismo año 7, mediante Decreto 793, crea y organiza la Escuela Naval Nacional. "Con el objeto de proporcionar a sus alumnos los conocimientos científicos y prácticos que exige la profesión de Marino de Guerra", según el texto.

Y el 20 de julio, día en que se instala oficialmente la Escuela Militar en una ceremonia solemne, promulga los Decretos Legislativos 831, que concede indulto general a los incursos en delitos políticos, y el 845 de la misma fecha que termina con el reclutamiento forzoso y establece una forma de "contrato de enganche", mientras se organiza el servicio militar obligatorio.

Más tarde y para atender a la necesidad que surge de preparar a los Oficiales que se destinen al servicio del Estado Mayor, el Ministerio de Guerra o las Unidades Superiores del Ejército, dicta el Decreto 453 por el cual se organiza la Escuela Superior de Guerra.

Son una serie de medidas ejecutivas, lógicamente articuladas, que van formando un cuerpo armónico respetable, de fácil presentación ante la opinión pública para una adecuada sustitución de los valores que en el pasado habían hecho el marco conceptual para el ejercicio de las armas de la República.

Pero, además él iba predicando su pensamiento. La Escuela Militar empezó a funcionar el 1º de junio de 1907, como dice el cronista, sin brindis ni discursos y se instaló oficialmente como parte de los varios actos con que se celebró el 20 de julio de aquel año.

Reyes, tomó el juramento a los Cadetes y les leyó el siguiente mensaje: "El propósito del Gobierno al fundar la Escuela Militar es que en ella se formen los Oficiales de nuestro Ejército sobre principios suficientemente sólidos para que hagan de él escuela de moralidad, de sobriedad, de fortaleza y disciplina. El Gobierno confía en que no defraudaréis sus esperanzas y que en adelante se citará al Cadete como modelo del cumplido caballero que lleva por insignia, la verdad, la franqueza y la hidalguía... Queda oficialmente instalada la Escuela de Cadetes".

La ceremonia fue sencilla y sobria pero solemne; y a ella asistieron además del Presidente de la República, el Arzobispo Primado, los Ministros del Despacho y el Cuerpo Diplomático.

Muchos en esa hora eran solidarios con el Gobierno en la búsqueda de la paz y de la prosperidad de Colombia.

No estaba Reyes solo en ese empeño. De Chile habían venido dos Capitanes del Ejército, sobresalientes por su capacidad técnica y su seriedad, que tomaron sus responsabilidades con inmenso apego y devoción. Fueron los Capitanes Arturo Ahumada y Diego Guillén, de gratísima recordación en los anales del Ejército de Colombia que los inscribió como suyos en el escalafón de sus afectos; porque ellos dieron lecciones de la teoría de los programas, pero además, lecciones con su ejemplo de Soldados estudiosos, trabajadores insomnes, profesionales obsesionados y patriotas integérrimos.

No estaban vinculados a nuestras luchas internas y no los movían intereses distintos del mejor cumplimiento de su misión.

Hablaron el lenguaje de la Patria y no los amedrantaron los obstáculos naturales de una empresa que nacía en medio de las contradicciones y las limitaciones, pero también de las expectativas y de las esperanzas.

Los Chilenos se comprometieron a organizar la Escuela Militar; a ser instructores y profesores de todos los ramos del servicio y de aquellas materias de humanidades que tuvieran conexión con las Ciencias Militares. A fundar cuerpos modelos para la organización de las Escuelas de Suboficiales. A organizar cursos de aplicación para Jefes y Oficiales. A elaborar los reglamentos orgánicos del Ejército. A organizar el Alto Mando, la Inspección General y el Estado Mayor y posteriormente con el Mayor Pedro Charpín Rival a organizar y regentar la Escuela Superior de Guerra.

Esa es la estructura orgánica de la Reforma Militar.

Frente a todo el desorden anterior de ascensos caprichosos y reconocimiento de títulos por servicios políticos prestados al cacicazgo, sin requisitos diferentes, aquí se organizan unos institutos, se establecen unos programas, se especializa un cuerpo docente, se habla un solo lenguaje, se proponen unas metas comunes, se eleva el espíritu al tiempo que se fortalece el nervio físico y hay un nuevo código moral una nueva tabla de valores axiológicos y una nueva aspiración también común.

Al examinar los documentos de la época para el análisis y para la comprensión de tales acontecimientos hay un espíritu que se adivina para el comportamiento de esta nueva generación. Fueron 20 los Oficiales y 38 los Cadetes los que constituyeron el primer contingente de alumnos de la Escuela Militar. Y los Capitanes y los Tenientes que ya ostentaban sus grados de Oficial, se sometieron al tratamiento de alumnos rasos, aunque con programas de estudio diferentes, pero iguales en la disciplina y en el esfuerzo, con dominio de sí mismo y con dignidad ejemplar; que cundió luego a Generales y Coroneles que no obstante sus títulos y dignidades no vacilaron en buscar puestos en los bancos de estas escuelas para conseguir en ellos su idoneidad de Comandantes.

Al finalizar el año de 1907, doce de esos 58 alumnos fueron ascendidos a Subtenientes y algunos lo fueron a otros grados. De ellos salieron los Oficiales de planta de la Escuela para el año lectivo subsiguiente y también los Oficiales para los Batallones de Infantería y Artillería que se habían organizado para la instrucción.

En el año de 1908 la Escuela Militar desarrolla una intensa actividad que abarca el curso de Cadetes, un curso especial para Capitanes y Tenientes y un curso de Oficiales Superiores para Coroneles, Tenientes Coroneles y Mayores.

Como se ve, dentro de este proceso, surgía la imperiosa necesidad de otro instituto que atendiera a la capacidad de los Oficiales en los niveles superiores de la jerarquía. Y de allí nació la Escuela Superior de Guerra.

El 1º de mayo de 1909, el General Reyes expidió el Decreto por el cual se organiza la Escuela Superior, establecimiento que dependerá del Director de la Escuela Militar y funcionará en un edificio anexo de la Escuela.

El Decreto establece que se dicten allí los cursos de aplicación para toda la Oficialidad del Ejército en busca de la homogeneidad de los procedimientos, y el curso de Estado Mayor orientado a preparar únicamente a los Oficiales que se destinarán al Cuerpo de Estado Mayor y a la docencia militar.

El primer curso de aplicación se realiza en 1909, y a él asisten 15 Oficiales que van desde Generales hasta Capitanes pero que saldrán con el grado de Mayores. El primer curso de Estado Mayor tiene lugar en el año siguiente y con él se regulariza el escalafón de quienes deben seguir en actividad.

Es preciso recordar que la instalación Oficial de la Escuela se hizo sólo hasta el 08 de mayo de 1910, es decir, cuando Reyes ya había abandonado el Gobierno y el territorio de la Patria, víctima de la incomprensión y las ingratitudes e impotente para manejar la algazara de los que por tanto tiempo se han considerado dueños de la Historia de la Nación.

De todas maneras la obra de Reyes ya estaba hecha y la simiente firmemente plantada de tal forma que el espíritu de la obra de la reforma continúa adelante. Así lo atestiguan los discursos del Presidente González Valencia, de su Ministro de Guerra Doctor José Medina Calderón y del Director de la Escuela, Mayor del Ejército Chileno Pedro Charpín Rival, en la ceremonia cumplida un año más tarde de la iniciación de labores de este Instituto Superior.

“Se trata, decía uno, de daros un pensamiento y un alma común. De habituaros a que os consideréis como miembros de un mismo cuerpo y que os desarrolléis a través de los tiempos, tal como en el día de hoy: hermanos en el conocimiento y hermanos en el corazón”.

Se vivía una época diferente y las conductas de las personas correspondían a una nueva actitud del espíritu, con desprendimiento y generosidad. “Con el fusil al hombro, dice una reseña, y el equipo a la espalda, viejos soldados recorrieron en perfecta formación las calles Bogotanas cuando a órdenes de un joven Oficial, y como alumnos de los cursos de aplicación, marchaban al terreno o al polígono para aprender los ejercicios militares de la nueva Escuela o practicar el tiro, hacer obras de fortificación, elaborar trabajos topográficos o adiestrarse para el combate ofensivo, sin que la edad o el rango sirvieran de obstáculos para la disciplina, la fatiga o las incomodidades que les imponía la nueva forma de ser militar”.

Y en ese espíritu de superación se hicieron recios también para las lides de la inteligencia. Fue una verdadera generación de intelectuales, de estudiosos, de escritores, de historiadores, de analistas de su tiempo, presididos por esa figura de las letras y las armas que fue el señor General Francisco Javier Vergara y Velasco: Historiador, Geógrafo, Geólogo, Matemático, Pedagogo, Legislador, Literato, Periodista y por sobre todo un Educador ejemplar.

Pero junto con él, personajes de la milicia y de las letras como Ernesto Borrero que fue Director de nuestra Escuela Militar y Rector magnífico de la Universidad del Cauca de tan rancia prosapia.

O Alejandro Uribe, Rafael Negret, Carlos Julio Dousdebés, Carlos Cortés Vargas, Pablo Emilio López o Leonidas Flórez Alvarez, Cadete fundador de la Escuela Naval también hija de la reforma.

Y esto como resultado de un esfuerzo que los comprometió a todos: al Gobierno, a sectores de la opinión, al arzobispo, a escritores como Tomás Rueda Vargas, a Diplomáticos como Rafael Uribe Uribe que mucho fervor le puso al convenio con Chile y a sus misiones militares; y a los mismos Soldados de Colombia que lo depusieron todo para rectificar y para permitir que se partiera en dos la Historia.

Fueron años difíciles como es natural pero pudo más la voluntad y el propósito. Hoy, al conmemorar la efemérides y volver la vista atrás nos parece monumental la obra cumplida, por los esfuerzos que demandó y por los resultados conseguidos de los que nosotros somos fruto y prolongación.

Y este es el punto fundamental de nuestro encuentro de esta noche. Hemos venido aquí no solamente para evocar unos hechos que se sucedieron ya hace tiempos y cuya relación puede ser fatigante, sino a entender y medir lo que esos hechos significan para nosotros como reto y como compromiso.

En primer lugar, la evocación de la vida de Reyes es una lección de idoneidad y de autenticidad. El Ejército cambió su rumbo y con él el País, porque hubo un hombre con una concepción de las cosas diferentes de la tradicional pero inspirada en esas realidades auténticas.

El País, está regido por unas circunstancias inalterables: su situación con respecto al mundo, su contorno geográfico, su morfología física y humana, su discurrir por el tiempo como protagonista de su propia historia. Y no puede escaparse de esos imperativos que son su realidad apabullante. Reyes lo supo así desde hora temprana y no fue necesario enviarlo a una Universidad para que aprendiera en la descriptiva de la clase magistral lo que la naturaleza le enseñó en abundancia. Espíritu estudioso, Observador inquisitivo, con una inmensa curiosidad intelectual, la Flota Mercante Gran Colombiana en una edición de hace apenas 5 años ha publicado la ponencia presentada por él en 1901 como delegado de Colombia a la II conferencia Panamericana reunida en Mexico y vertida a varios idiomas. El contenido del trabajo no es político; es un trabajo sobre la geografía de América cuya cuenca hidrográfica tan vasta y tan rica él recorrió en las diversas direcciones, con una invitación a los pueblos para entender ese grito formidable de la geografía del Continente.

Fue un hombre práctico. Siempre lo fue. No tuvo oportunidad de asistir a los bancos de una Escuela de formación o de capacitación para la guerra. Pero cuando las circunstancias lo forzaron saltó a la arena de los combates y los ganó con facilidad, por lo recio de su carácter y por la imaginación innovadora a la que acudió para salvar las dificultades y la

ausencia de medios. Ahí están los libros que recogen la descripción de sus hazañas en las dos guerras en las que tuvo que intervenir, y que a la hora de ahora serían convenientes de repasar para confirmarnos en la certeza de que lo importante y lo supremo no son los recursos materiales de los Ejércitos, sino el hombre; los hombres movidos por el espíritu que es la voluntad y es la fuerza para hacer los milagros.

Y Reyes fue paradigma de la capacidad de acción. Aún corridos los años hizo famosas sus excursiones presidenciales para visitar las obras que había ordenado, verificar su desarrollo y exigir su terminación. Era un surtidor de ideas que iba condensando en memoradores y distribuyendo diligentemente entre personas o contratistas a quienes hacía responsables de su cumplimiento.

Veamos a manera de ejemplo el proyecto de fomento para la Hoya del Orinoco expuesto por él en abril de 1908.

Empresas para desarrollar:

- I. Carretera de Bogotá a Villavicencio
- II. Carretera de Villavicencio a Puerto Barrigón
- III. Navegación por vapor de Barrigón a Ciudad Bolívar
- IV. Navegación por vapor de Ciudad Bolívar a Europa y América
- V. Comercio de importación y exportación por el Orinoco y sus afluentes
- VI. Colonias agrícolas entre Villavicencio y Barrigón
- VII. Extracción de productos en el Ariari, Guaviare, Vichada, Guainía, Menachí, Tomo, Aquico, Isana, Ixe, Vaupés y otros
- VIII. Explotación de las salinas de Cumaral y Upín
- IX. La ganadería en Casanare, San Martín y Venezuela
- X. Ferrocarril entre Bogotá y Puerto Barrigón.

Y luego detalla cómo concibe que se puede lograr la realización de esos proyectos, utilizando la mano de obra de los presos, firmando acuerdos con Venezuela, estimulando la pro-

ducción agropecuaria, fijando metas en el tiempo y ponderando la urgencia de su realización con el entusiasmo de sus ejecutores.

Ese mismo año viajó a la Costa y a Medellín pasando por las poblaciones ribereñas del Magdalena. Estuvo en Riohacha, en Santa Marta, en Barranquilla y en Cartagena. Pero no sólo en las ciudades sino en los pueblos. En Fundación, hasta donde llegaba el ferrocarril de Santa Marta. En Sincerín penetrando por el canal del Dique, y en otros lugares. Pero además, no para recibir honores y presidir reuniones sociales sino para decretar colonias agrícolas militares destinadas a crear la infraestructura para un desarrollo posterior; conviniendo obras con las autoridades locales; oyendo la opinión de las gentes; descubriendo nuevas posibilidades y visitando, como visitó, la Escuela Naval en Cartagena que había fundado también con una misión de Chile.

Ese ejemplo y esta dinámica contagiaban amplios sectores de la población y entre ellos a los cuarteles.

Pero además, Reyes fue un hombre humilde. Sus enemigos lo describieron como ambicioso, negociante, calculador astuto. Porque había tocado intereses muy grandes sin timidez; cerró el Congreso y pregonó: "menos política y más administración". Pero a la verdad fue un hombre sin ostentaciones, austero; la humildad de su vida se evidencia en los días del exilio y del regreso, perseguido, abandonado, en la pobreza, pero con dignidad.

Todo eso pertenece a la filosofía de su obra; a la esencia de la Reforma Militar y al espíritu de la nueva edad que él propició para la Patria y que él condujo.

Y esa filosofía y ese espíritu están firmemente adheridos a los muros y a las entrañas de esas Escuelas que él fundó como templos del saber práctico, inspiradas en las urgencias del país y para los retos de los tiempos en cada coyuntura de su Historia.

Por eso en esta hora de evocación aniversaria y de reflexiones en torno del pasado y sobre los sucesos del porvenir,

vale la pena detenernos a meditar por ejemplo, cómo hubiera mirado él las cosas que se dan en las aulas de las Escuelas que él tanto amó y en las cuales puso sus complacencias:

El contenido de los programas. Si se dirigen a dimensionar los problemas concretos que amenazan la suerte de la República, para ilustrar el criterio de los alumnos sobre soluciones variadas y flexibles, realistas e inteligentes; con amplitud y con profundidad; sin superficialidades; y entendiendo que se juega allí en cada prueba no la suerte de un individuo, sino la suerte común de las instituciones, de la familia y de la Patria.

Cómo hubiera encontrado él esa pedagogía metodológica si se acude a los simples mecanismos de la repetición en un esfuerzo inconmensurable de la memoria que se desgasta y no a la acción concreta que procura la habilidad indispensable para el manejo de situaciones con la magia de la imaginación que se hace fecunda en la recursividad creadora y generadora de alternativas.

Cómo vería Reyes hoy examinando la agilidad mental de cada alumno aparentemente mucho más hecha para la dicción que para la acción; él que supo encarar las situaciones corriendo riesgos y jugándose entero, no al azar sino a la entrega, a la firmeza de la determinación, y asumiendo las responsabilidades consecuenciales.

En esta hora de contornos sombríos para la supervivencia de la República cómo nos miraría el Reformador a nosotros que somos hechura de su obra, sino mostramos el dominio absoluto de los fenómenos de cada situación para anticiparnos a la evolución de los problemas y plantear soluciones prontas en cada instancia sin los esquemas repetitivos para obligar al adversario a que se juegue también a la defensa.

Cómo nos miraría el guerrero; a nosotros que somos hijos de sus Escuelas, en la conducción de los hombres a la hora de los combates; él que no tuvo pausa ni fatiga para asediar al enemigo previo conocimiento de sus debilidades, hasta rendirlo avasalladoramente, dando ejemplo de fortaleza física y fortaleza espiritual que lo hicieron caudillo y jefe en el corazón y en el reconocimiento de sus gentes.

Cómo miraría Reyes, el Maestro, el desarrollo de nuestra instrucción si no es práctica sino descriptiva; si no es analítica sino narrativa y verbal; si no acude a las experiencias buenas y malas en la aplicación que hemos hecho de los procedimientos a los casos concretos; él que fue vivencial, que fue pragmático, que elaboró la teoría de las soluciones con las soluciones mismas sobre el terreno de los acontecimientos y a la hora oportuna.

Y en fin, ¿cómo nos juzgaría el hombre austero que fue, sencillo, creyente, servidor sin pensar mucho en la contraprestación, patriota a ultranza y paradigma de la autenticidad nacional?

La Escuela Superior de Guerra de Colombia está de fiesta porque han transcurrido tres cuartos de siglo desde su nacimiento en la vieja casona de San Agustín.

El País y sus Fuerzas Militares le deben reconocimiento y gratitud por lo que ha hecho y por lo que deberá hacer en los tiempos inmediatos del porvenir.

Inmensa la gratitud a los abuelos; a los que la fundaron con tanto renunciamiento y tanto esfuerzo en la mejor lección de patriotismo y desinterés. Honda la deuda afectiva con los maestros que la sirvieron en todos los tiempos, muchos de ellos, honra y prez de la inteligencia de la Nación.

Profundo el reconocimiento por lo que esa Escuela ha impreso en el alma y en la fisonomía de la institución de las armas nacionales, con respeto por el pensamiento y el sentimiento del Fundador, que con Herrera quiso la Patria por encima de los partidos y las armas con disciplina y con honor.

Pero el pasado es para venerarlo; para aprender de él; y a fe que estamos aprendiendo. Sólo que el compromiso más solemne es con los tiempos que vienen para que ese pasado no se desluzca o pueda perecer.

Los años corren y las generaciones se suceden para recibir la herencia de los mayores, acrecerla, dignificarla, y entregarla mejor y enriquecida a las generaciones del porvenir.

A pesar de este mundo de hoy, egoísta, insular, insolidario, la Patria no termina con nosotros; la Patria se prolonga en nuestros hijos y en nuestros nietos y en los Soldados que deberán cumplir la misma función nobilísima de mantener los perfiles de esa herencia hasta la consumación de los siglos.

Reyes cumplió con lo suyo en su oportunidad; y con él otros que de alguna manera le hicieron posible la gran empresa de la rectificación y la formidable de hacer un Ejército distinto para acomodarlo a las exigencias del momento de la Nación en trance de renacer y engrandecerse.

Nuestro compromiso es el de ahora. Es el reto de este mismo minuto. Y nosotros debemos encararlo con realismo, con objetividad, sin estridencias y comprometiendo a todo el pueblo de la Nación en unas responsabilidades correlativas como en los mejores días de nuestra historia republicana.

La Escuela Superior está de fiesta. Setenta y cinco años se quedaron atrás. Pero mañana empieza otra cita con el destino de Colombia que está uncido inevitablemente a la suerte de las armas que ella puso en nuestras manos juveniles con la promesa de serle fieles y el juramento de no dejarla perecer.

Señores Oficiales: como los Soldados de todos los tiempos y de todos los lugares de la tierra, los de Colombia vivimos, experimentamos y padecemos esa hermosa responsabilidad que es sentir tan de cerca la eternidad de la Patria.

DECRETO N° 453 DE 1909.

*Mayo 17*

por el cual se organiza la Escuela Superior de Guerra de Colombia

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

con el objeto de fomentar en general la instrucción de la Oficialidad del Ejército, formar los Oficiales que se destinen al servicio del Estado Mayor, del Ministerio de Guerra y del comando de las unidades superiores del Ejército, y preparar especialmente los Oficiales que se dediquen a la enseñanza militar,

DECRETA:

Art° 1° - Organízase la Escuela Superior de Guerra de Colombia.

Art° 2° - Este Establecimiento dependerá del Director de la Escuela Militar y funcionará en el edificio que designe el Gobierno.

Art° 3° - Habrá en la Escuela de Guerra los siguientes cursos:

CURSO DE ESTADO MAYOR, destinado a preparar Oficiales para el Cuerpo de Estado Mayor y Profesores para la enseñanza militar. Este curso será de un año.

CURSO DE APLICACION, destinado a dar a toda la Oficialidad del Ejército la conveniente homogeneidad.

Este curso será de seis meses y en él ingresarán:

a) Los Oficiales que hayan rendido el examen de Oficial en el Curso Militar de la Escuela Militar y que hayan servido en un Cuerpo de tropas dos años por lo ménos.

b) Los Oficiales del servicio activo que no hayan tenido preparación militar anterior y que destine especialmente el Gobierno.

Art° 4° - Nómbrase Director de la Escuela Superior de

el señor Mayor Don Pedro Charpin, sin perjuicio del puesto que desempeña en la Escuela Militar ni el de Director del Grupo Modelo de Artillería.

Artº 5º - La Dirección de la Escuela Superior de Guerra presentará a la brevedad posible el reglamento orgánico y el plan de estudios por los cuales debe regirse el establecimiento.

Hecho en Bogotá, a 1º de Mayo de 1909.

Comuníquese y publíquese.



El Ministro de Guerra,



SECRETARÍA GENERAL

- DELA -

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Registrado el folio 241  
del Libro respectivo.



Diario 13660